

INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

SÍNTESIS

ENERO 2026

EL PASILLO ESTRECHO ESTADOS, SOCIEDADES Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

DARON ACEMOGLU Y JAMES A. ROBINSON



DARON ACEMOGLU y JAMES A. ROBINSON

EL PASILLO ESTRECHO

ESTADOS, SOCIEDADES
Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

¿Por qué en algunos países florece la libertad
y en otros el autoritarismo?

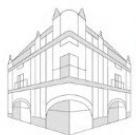


De los autores de *Por qué fracasan los países*,
con más de 150.000 ejemplares vendidos en español

Traducción de Ramón González Férriz
y Marta Valdivieso

Daron Acemoglu es catedrático de Economía en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. En 2005 recibió la medalla John Bates Clark, que se otorga a economistas menores de 40 años que han hecho contribuciones significativas al pensamiento y el conocimiento económicos. Además, fue galardonado en 2012 con el Premio Erwin Plein Nemmers de Economía y en 2016 con el Premio Fronteras del Conocimiento BBVA de Economía, Finanzas y Gestión de Empresas, por sus aportaciones fundamentales a la economía del crecimiento y el desarrollo.

James A. Robinson es politólogo, economista y catedrático en la Universidad de Chicago. Experto en Latinoamérica y África, en la actualidad desarrolla sus investigaciones en Bolivia, la República Democrática del Congo, Sierra Leona, Haití y Colombia. En este último país durante muchos años ha impartido cursos de verano en la Universidad de los Andes, en Bogotá. Es coautor, junto con Daron Acemoglu, de *Por qué fracasan los países* (Crítica), libro en el que analiza por qué algunos países crecen económico mientas que otros caen en la pobreza.



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

SUMARIO

Prefacio.....	11
1. ¿Cómo finaliza la historia?.....	19
2. La Reina Roja.....	57
3. La voluntad de poder.....	107
4. La economía fuera del pasillo.....	134
5. Alegoría del buen gobierno.....	168
6. La tijera europea.....	199
7. El mandato del cielo.....	257
8. La Reina Roja rota.....	302
9. El diablo en los detalles.....	338
10. ¿Qué pasa con Ferguson?.....	384
11. El Leviatán de papel.....	427
12. Los hijos de Wahhab.....	464
13. La Reina Roja fuera de control.....	488
14. En el pasillo.....	532



15. Vivir con el Leviatán.....	577
Agradecimientos.....	618
Ensayo bibliográfico.....	621
Bibliografía.....	623
Fuentes de los mapas.....	669
Créditos del encarte de fotos.....	671



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO

DE ESTUDIOS

LEGISLATIVOS

Título: *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad.*

Autores: Daron Acemoglu y James A. Robinson

Editorial: Planeta-España

Año: 2019

País: España

Páginas: 671



PRINCIPALES PLANTEAMIENTOS

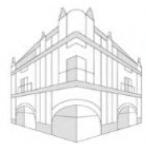
- Los autores plantean que la libertad solo puede florecer cuando hay un equilibrio dinámico entre un Estado fuerte y una sociedad igualmente fuerte. Este equilibrio ocurre dentro de un espacio muy limitado —el “pasillo estrecho”— en el que el poder estatal no es ni demasiado débil ni excesivamente autoritario, y donde la sociedad puede resistir, controlar y a la vez cooperar con el Estado.
- Leviatán ausente: cuando el Estado es débil o inexistente, como en muchos países con conflictos civiles o estructuras colapsadas. Esto genera caos, inseguridad y falta de servicios básicos. Ej.: Somalia o Afganistán.
- Leviatán despótico: cuando el Estado es fuerte, pero domina completamente a la sociedad, reprimiendo la participación, las libertades y los derechos. Ej.: China, Arabia Saudita o Corea del Norte.
- Leviatán encadenado: cuando hay un balance constante entre el poder del Estado y el poder de la sociedad civil. En este tipo de Leviatán se da el desarrollo de la libertad, porque ambas fuerzas se limitan y fortalecen mutuamente. Ej.: algunas democracias occidentales, aunque con matices.
- La libertad como resultado de una lucha constante. La libertad no es un estado natural ni garantizado por el simple crecimiento económico o la democracia formal. Es el resultado de una lucha histórica constante entre Estado y sociedad, donde ambos deben evolucionar juntos. Si uno se impone sobre el otro, la libertad colapsa.
- La trampa del círculo vicioso. Cuando una sociedad no logra fortalecer al Estado (o viceversa), se genera un círculo vicioso: los ciudadanos desconfían del Estado, el Estado no responde adecuadamente, se debilitan las instituciones y se consoli-



da un patrón de pobreza, violencia o autoritarismo. Esto explica por qué muchos países no logran salir de la pobreza o del autoritarismo, incluso con reformas o ayuda internacional.

- **El rol de las normas sociales.** Las normas culturales y sociales tienen un papel central. Los autores muestran que las prácticas sociales, los roles de género, la religión o las costumbres comunitarias pueden reforzar o debilitar la presencia del Estado y la agencia de la sociedad. Por ejemplo, cuando las normas excluyen a las mujeres o promueven la obediencia ciega, dificultan el tránsito por el pasillo estrecho.
- **Ejemplos históricos y comparativos.** El libro utiliza una gran variedad de estudios de caso históricos y actuales —como la antigua Mesopotamia, el Imperio otomano, Estados Unidos, India, Colombia o el Kurdistán— para demostrar cómo distintas combinaciones de poder estatal y participación social han determinado los destinos políticos de cada sociedad.
- **Crítica a visiones simplistas.** Acemoglu y Robinson critican las ideas de que el desarrollo económico automáticamente lleva a la libertad, basta con tener elecciones para tener democracia y reducir el tamaño del Estado es siempre bueno. En cambio, argumentan que la calidad del Estado y el compromiso de la sociedad civil son mucho más determinantes que las reformas económicas o las elecciones superficiales.

ENERO 2026



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

SÍNTESIS

SÍNTESIS

Prefacio

En el prefacio del libro *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad*, Daron Acemoglu y James A. Robinson introducen la premisa fundamental de su obra: la libertad política e individual no surge de manera espontánea ni es un producto automático del desarrollo económico o de la democracia formal, sino el resultado de un equilibrio complejo y dinámico entre dos fuerzas fundamentales: el Estado y la sociedad.

Para ilustrar esta idea, los autores recurren a una poderosa metáfora: “el pasillo estrecho”, que representa el espacio reducido —histórica y políticamente raro— en el que la autoridad del Estado es lo suficientemente fuerte para garantizar orden, justicia e instituciones, pero a la vez está limitada por una sociedad civil organizada, activa y vigilante, que impide el autoritarismo y el abuso de poder.

Desde las primeras líneas, Acemoglu y Robinson hacen una afirmación provocadora: la libertad no es la norma en la historia humana, sino una excepción. No es una situación estable ni un destino inevitable para los países que se desarrollan, sino una construcción frágil, el resultado de una larga trayectoria de conflictos, resistencia, reformas y evolución institucional.

Los autores recuerdan que, en su libro anterior, *Por qué fracasan los países*, explicaron cómo las instituciones —tanto políticas como económicas— determinan el éxito o fracaso de las naciones. En esta nueva obra, buscan dar un paso más: explicar cómo surgen esas instituciones incluyentes, cómo se sostienen y qué papel juega la libertad en su formación. Así, funciona como una introducción conceptual al marco teórico que guiará toda la obra.

Uno de los conceptos centrales que presentan en este prefacio es el del Leviatán, inspirado en el filósofo Thomas Hobbes. Para Hobbes, el Leviatán era un Estado fuerte y centralizado que salvaba a la humanidad del caos y la violencia de la vida sin gobierno. Sin embargo, Acemoglu y Robinson amplían esta noción y señalan que existen tres formas distintas del Leviatán:

El Leviatán ausente: cuando el Estado no tiene capacidad para proveer orden, proteger derechos o hacer cumplir leyes. Es el caso de sociedades donde predomina la anarquía, el clientelismo o la violencia descontrolada.

El Leviatán despótico: cuando el Estado es demasiado poderoso y no tiene límites efectivos por parte de la sociedad. Aquí, las libertades son anuladas y el poder se concentra en manos de unos pocos.

El Leviatán controlado: cuando existe una interacción equilibrada entre un Estado fuerte y una sociedad civil activa, lo cual permite la libertad sostenida. Este es el único Leviatán que puede caminar por el pasillo estrecho.

El desafío, señalan los autores, es entrar en ese pasillo estrecho y mantenerse dentro. No se trata de crear un Estado fuerte o una sociedad fuerte por separado, sino de garantizar que ambos crezcan juntos y se enfrenten mutuamente para garantizar que ninguno domine por completo. La historia ha demostrado que la mayoría de las naciones fracasan en lograr esta delicada coevolución. Muchas caen en la trampa del despotismo, otras en el caos y unas pocas —como Estados Unidos en ciertos momentos o algunas democracias europeas— han logrado permanecer en ese pasillo estrecho, aunque incluso estas enfrentan retrocesos constantes.

El prefacio también anticipa que a lo largo del libro se presentarán ejemplos históricos y contemporáneos de diversas regiones del mundo —incluyendo el Medio Oriente, América Latina, África y Asia— para ilustrar cómo diferentes sociedades han intentado (con distintos grados de éxito o fracaso) entrar en el pasillo estrecho. A través de estos casos, Acemoglu y Robinson buscan responder a una pregunta profunda y urgente: ¿cómo

se logra construir una sociedad verdaderamente libre y cómo se puede preservar esa libertad a lo largo del tiempo?

Finalmente, el prefacio concluye dejando clara la advertencia de los autores: la libertad no está garantizada, nunca lo ha estado, y solo puede mantenerse mediante una lucha continua, con ciudadanos organizados, instituciones sólidas y un Estado que no se convierta en enemigo de la sociedad, sino en su instrumento. En este sentido, el pasillo estrecho no es solo una metáfora histórica, sino también un llamado ético y político al compromiso democrático.

I. ¿Cómo finaliza la historia?

En el primer capítulo Acemoglu y Robinson abordan una idea ampliamente difundida en el pensamiento político contemporáneo: la noción de que la humanidad avanza de manera lineal e inevitable hacia la democracia y la libertad. Esta visión, popularizada especialmente después de la Guerra Fría por el politólogo Francis Fukuyama, sostiene que el modelo de democracia liberal y economía de mercado es el punto culminante del desarrollo político de las sociedades. Sin embargo, los autores cuestionan esta interpretación al considerar que no existe tal “fin de la historia” y que, de hecho, la libertad no es un destino predeter-

minado, sino una construcción frágil y poco frecuente en la historia de la humanidad.

Para Acemoglu y Robinson, la verdadera libertad no se reduce a votar o a participar en una economía de mercado, sino que implica la existencia de un delicado equilibrio entre un Estado con la suficiente capacidad para garantizar el orden, las leyes y los derechos y una sociedad civil activa que pueda limitar y controlar el poder estatal. Esta libertad política y social solo puede mantenerse en un espacio muy restringido que los autores llaman “el pasillo estrecho”. En este pasillo, el Estado y la sociedad coexisten en tensión constante: el Estado es fuerte, pero no absoluto, y la sociedad es poderosa, pero no anárquica. Ambas fuerzas deben estar en continuo enfrentamiento y adaptación para sostener la libertad.

Fuera de este pasillo, existen dos modelos opuestos pero igualmente perjudiciales para la libertad: el Leviatán ausente y el Leviatán despótico. El primero aparece cuando el Estado es débil o inexistente, lo que genera caos, violencia, inseguridad e instituciones frágiles o fallidas. Es el caso de países donde el gobierno no tiene la capacidad de hacer cumplir la ley ni de proteger a sus ciudadanos, como Somalia, Libia o Afganistán. En estos contextos, las personas están sujetas al poder de

grupos armados, clanes o mafias, sin posibilidad de ejercer sus derechos ni de vivir con dignidad.

Por otro lado, el Leviatán despótico representa un Estado extremadamente fuerte y centralizado que subyuga completamente a la sociedad. Aquí no hay espacio para la disidencia, la participación ciudadana ni la libertad individual. Ejemplos de este modelo incluyen régimes autoritarios como Corea del Norte o el antiguo Egipto, donde el poder absoluto del Estado aplasta cualquier expresión autónoma de la sociedad.

Los autores señalan que estos dos extremos —la ausencia de Estado y su dominio total— son comunes en la historia, mientras que las sociedades que logran entrar y permanecer en el pasillo estrecho son excepcionales. La mayoría de los pueblos no han vivido bajo condiciones de libertad, sino bajo estructuras de opresión o desorden. Por ello, sostienen que la libertad no debe entenderse como el resultado natural del crecimiento económico o del desarrollo institucional, sino como el producto de un proceso histórico complejo y poco frecuente. No hay una receta universal para alcanzarla, y tampoco es posible darla por sentada una vez lograda.

Además, Acemoglu y Robinson subrayan que este equilibrio entre el

Estado y la sociedad es dinámico y no estático. La libertad es el resultado de una lucha continua entre estas dos fuerzas. Si una de ellas se debilita o se fortalece en exceso, el equilibrio se rompe. Por ejemplo, una sociedad puede volverse apática, desorganizada o desmovilizada y permitir que el Estado concentre demasiado poder, lo cual puede llevar al autoritarismo. A la inversa, un Estado débil frente a una sociedad fragmentada o dominada por intereses privados puede derivar en anarquía o colapso institucional. De esta manera, los autores destacan que la libertad no solo se conquista, sino que debe mantenerse mediante la vigilancia, la participación activa y el conflicto institucionalizado.

El capítulo también plantea una crítica a las explicaciones que afirman que la democracia es una consecuencia automática del desarrollo económico. Si bien en algunos casos el crecimiento ha coincidido con procesos de apertura política, hay numerosos contraejemplos —como China— que demuestran que un país puede tener un alto nivel de desarrollo económico sin garantizar libertades políticas. Del mismo modo, los sistemas democráticos no están exentos de crisis o retrocesos. Países que alguna vez se consideraron modelos de democracia liberal pueden enfrentar procesos de deterioro ins-

titucional, concentración de poder o erosión de los derechos civiles.

Al cerrar el capítulo, los autores advierten sobre el peligro de asumir que la libertad es un destino inevitable. No lo es. La historia no tiene un final pre-determinado, ni existe una trayectoria segura hacia sociedades libres. La libertad debe construirse a través del conflicto político, la resistencia cívica, la organización social y el desarrollo institucional sostenido. No basta con copiar modelos de otros países ni confiar en el crecimiento económico; se necesita un proceso interno y específico que fortalezca tanto al Estado como a la sociedad en una relación de control mutuo. Esta tensión permanente, compleja y cambiante es la única vía para caminar por el pasillo estrecho y mantener la libertad.

2. La Reina Roja

Los autores desarrollan una idea central para comprender cómo se mantiene la libertad dentro del pasillo estrecho: la necesidad de un esfuerzo constante y simultáneo por parte del Estado y de la sociedad para evolucionar juntos. El título del capítulo hace referencia a un personaje del libro *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll. En esa historia, la Reina Roja le explica a Alicia que, en su mundo, hay que correr lo más rápido posible solo para permanecer en el mismo

lugar. Esta metáfora es tomada por Acemoglu y Robinson para explicar la dinámica institucional de las sociedades que logran sostener la libertad. Según ellos, entrar en el pasillo estrecho no es suficiente; una vez dentro, es necesario seguir avanzando sin descanso para no retroceder.

La lógica de la Reina Roja implica que tanto el Estado como la sociedad deben estar en constante adaptación, expansión y fortalecimiento, pero de forma equilibrada. Si una de las partes se debilita o se estanca, el otro lado puede desbalancear el sistema: el Estado puede volverse autoritario, o la sociedad puede colapsar en fragmentación o violencia. Por lo tanto, la libertad no se trata de un logro permanente, sino de una relación dinámica que requiere vigilancia, participación y transformación continua.

Los autores explican que esta carrera constante implica que el Estado debe incrementar su capacidad institucional, su legitimidad y su eficiencia, sin caer en la arbitrariedad o la concentración de poder. Al mismo tiempo, la sociedad debe ampliar su organización, su nivel de conciencia, su participación política y su capacidad para hacer demandas y controlar a sus gobernantes. Esta interacción se parece a una danza o a una competencia: si uno corre más rápido que el otro, el equilibrio

se pierde. Si corren juntos, pueden mantenerse en el pasillo estrecho.

Un ejemplo histórico que presentan los autores es el de Europa occidental, especialmente el proceso que ocurrió en Inglaterra después de la Revolución Gloriosa de 1688. En ese contexto, el Estado ganó fuerza institucional, pero fue limitado por un Parlamento fortalecido, por la creación de nuevos derechos y por la emergencia de una sociedad civil más participativa. Este proceso no fue rápido ni lineal, sino conflictivo y prolongado. No obstante, permitió que tanto el Estado como la sociedad crecieran juntos. En cambio, en otras regiones del mundo, el fortalecimiento del Estado no fue acompañado por una sociedad activa, lo que condujo al autoritarismo o al clientelismo.

Acemoglu y Robinson subrayan que la clave de este proceso es la coevolución entre Estado y sociedad. Ninguno puede quedarse atrás. La libertad solo se mantiene cuando ambos actores avanzan al mismo ritmo, enfrentándose, adaptándose, y construyendo nuevas reglas. Esta dinámica de la Reina Roja, lejos de ser un problema, es una condición fundamental para la vida en libertad. Implica un esfuerzo incesante por reformar instituciones, ampliar derechos, construir consensos y garantizar justicia.

Los autores también mencionan que esta carrera institucional tiene un componente moral y cívico: la ciudadanía no puede asumir que el Estado resolverá todo, ni que las instituciones son infalibles. La sociedad debe organizarse, exigir, criticar, participar. De igual forma, el Estado debe escuchar, adaptarse, responder, y mantener la confianza pública. Esta tensión positiva es la esencia de la democracia y de la libertad. La Reina Roja, por tanto, no es solo una metáfora del movimiento constante, sino un recordatorio de que la libertad es una tarea interminable, que exige responsabilidad compartida y compromiso duradero.

En conclusión, el capítulo destaca que la vida dentro del pasillo estrecho no es un destino que se alcanza y se mantiene sin esfuerzo. Es una carrera constante, un proceso exigente que requiere que Estado y sociedad corran juntos, evolucionen juntos y se desafíen mutuamente. Esa es la única forma de evitar que el Leviatán despótico o el Leviatán ausente regresen. Vivir con libertad no es cuestión de haber llegado, sino de no dejar de correr.

3. La voluntad de poder

¿Cómo es que algunos Estados logran adquirir suficiente poder para proporcionar orden, seguridad y servicios públicos sin convertirse en instrumentos de represión o dominación?

La idea central de este capítulo es explorar el proceso por el cual un Estado puede llegar a tener la capacidad de actuar de manera eficaz y legítima, pero sin que esa capacidad derive en autoritarismo. El título del capítulo, que evoca a Nietzsche, se refiere al impulso histórico que han tenido distintos grupos, élites o instituciones para concentrar poder político. Sin embargo, en el enfoque de Acemoglu y Robinson no basta con tener voluntad de poder; se necesita una transformación profunda de las estructuras sociales que lo canalicen de forma incluyente.

Los autores explican que para que un Estado pueda cumplir funciones básicas como proteger los derechos, hacer cumplir la ley, cobrar impuestos o proveer servicios debe tener capacidad institucional, lo cual implica burocracia profesional, normas estables, autoridad legítima y centralización del poder. Pero este proceso no es natural ni inevitable. En muchos casos, la construcción del poder estatal ha estado asociada con guerras, dominación, violencia y opresión. La historia de la humanidad muestra que, con frecuencia, los Estados que se fortalecen terminan sometiendo a la sociedad, en lugar de servirla.

Para ilustrar esta tensión, los autores presentan ejemplos históricos que muestran distintos caminos hacia el fortalecimiento del poder estatal. Uno

de los casos más relevantes es el del Estado azteca. Aunque logró un alto grado de centralización y control territorial, lo hizo a través de la violencia, el tributo forzado y el terror. Los súbditos no eran ciudadanos con derechos, sino pueblos conquistados sin representación ni voz. Este tipo de Estado poderoso, pero despótico, no entra en el pasillo estrecho, ya que no permite el desarrollo de una sociedad que pueda equilibrar y limitar al Estado.

También se aborda el caso de la Alemania prusiana, donde el fortalecimiento del Estado vino de la mano de un aparato militar disciplinado y una élite autoritaria. Si bien logró eficiencia burocrática y modernización, no permitió una participación política equitativa. En contraste, los autores destacan que el desarrollo institucional inglés después del siglo XVII tuvo una naturaleza distinta: allí, el poder del Estado fue aumentando junto con una sociedad civil que se fortalecía al mismo tiempo, lo cual permitió que la concentración de poder estuviera acompañada por mecanismos de rendición de cuentas, representación política y derechos legales.

La voluntad de poder, entonces, no es suficiente. La historia está llena de ejemplos en los que ese poder se usó para explotar, reprimir o perpetuar privilegios. La pregunta clave es cómo lograr que el fortalecimiento del Es-

tado no signifique la subordinación de la sociedad. Para ello, Acemoglu y Robinson sostienen que es necesario un proceso de “domesticación del Leviatán”, en el que la sociedad logre establecer límites claros, reglas justas y participación política que encauce ese poder hacia fines incluyentes. Sin estos elementos, el Leviatán se convierte en una fuerza despótica que cierra las puertas del pasillo estrecho.

El capítulo también reflexiona sobre cómo muchas veces el poder estatal se ha sustentado en ideologías religiosas, mitologías del origen o narrativas fundacionales que buscan justificar la autoridad absoluta. Los faraones egipcios eran vistos como dioses; los emperadores chinos gobernaban por mandato celestial; en muchos imperios antiguos, el poder se legitimaba a través del control de la religión. En todos estos casos, el poder era incuestionable y se encontraba por encima de cualquier límite impuesto por la sociedad. Esa concentración simbólica e institucional del poder impide cualquier posibilidad de libertad sostenida.

Además, los autores señalan que en las sociedades donde el Estado no logra desarrollarse con fuerza, no es la libertad lo que florece, sino la fragmentación, el desorden y la dominación por poderes informales o tradicionales. Cuando el Estado es débil,

las comunidades quedan a merced de jefes locales, mafias, señores de la guerra o estructuras clientelares. Esto demuestra que un Estado fuerte es una condición necesaria para la libertad, pero no suficiente: ese poder debe estar contrapesado por una sociedad activa, participativa y organizada.

La enseñanza fundamental de este capítulo es que la construcción de un Estado fuerte debe ir de la mano del fortalecimiento de la sociedad. Solo cuando ambos se desarrollan en paralelo es posible que el poder del Estado se utilice para garantizar derechos, justicia y bienestar colectivo, en lugar de imponer sometimiento. La voluntad de poder debe ser canalizada hacia instituciones que respeten a los ciudadanos, que respondan a sus necesidades y que puedan ser controladas por ellos. Ese es el único camino hacia el pasillo estrecho.

En resumen, el capítulo “La voluntad de poder” nos advierte que la simple acumulación de poder estatal no conduce a la libertad. Es necesario construir instituciones inclusivas y fomentar una sociedad civil capaz de controlar ese poder. De lo contrario, el Leviatán se convierte en una amenaza. La libertad, una vez más, no es producto del poder sin frenos, sino del equilibrio delicado y dinámico entre la autoridad legítima del Estado y la capacidad de la sociedad para ponerle

límites. Solo en esa interacción puede surgir una vida verdaderamente libre.

4. La economía fuera del pasillo

El capítulo expone cómo, fuera del pasillo estrecho, los Estados suelen usar su poder para favorecer a élites reducidas o para reforzar su dominio, más que para crear condiciones de crecimiento económico para toda la población. En estos escenarios, los gobiernos no se dedican a garantizar derechos, fomentar la innovación o proteger la propiedad de forma equitativa, sino que frecuentemente manipulan las reglas económicas para beneficiar a aliados políticos, consolidar redes de dependencia y bloquear el acceso a oportunidades. Así, la economía se convierte en una herramienta de control político, más que en un mecanismo de progreso colectivo.

Uno de los conceptos clave en este capítulo es el de instituciones extractivas, ya introducido por los autores en su libro anterior, *Por qué fracasan los países*. Estas instituciones se caracterizan por estar diseñadas para extraer riqueza de la mayoría en favor de una élite. En lugar de fomentar la competencia, los derechos de propiedad y el emprendimiento, promueven el monopolio, el favoritismo y la represión económica. En contextos donde el Leviatán despótico predomina, el Estado impone estas reglas de forma vertical

y autoritaria. En contextos donde el Leviatán está ausente, la economía se ve capturada por estructuras informales, como mafias, jefes locales o grupos armados, que también ejercen el poder económico de forma arbitraria.

Los autores ilustran esta situación con ejemplos históricos y contemporáneos. Uno de ellos es el caso del Imperio otomano, donde la concentración del poder económico y político en manos del sultán y su élite impidió el desarrollo de una economía basada en derechos de propiedad estables o comercio libre. Cualquier riqueza generada estaba siempre en peligro de ser confiscada, lo cual desincentivaba la inversión y la innovación. Otro ejemplo es el de Sierra Leona, donde, en ausencia de un Estado efectivo, las redes clientelares y las estructuras tradicionales ejercen control económico sobre la población sin generar desarrollo sostenible.

También se señala que la pobreza y el subdesarrollo económico no son consecuencia de falta de recursos o de una cultura “atrasada”, sino de instituciones políticas y económicas que impiden el surgimiento de una economía dinámica e incluyente. Por ello, los programas de ayuda externa o las políticas de mercado que ignoran el contexto institucional suelen fracasar. Las soluciones económicas no pueden aplicarse sin considerar la relación de

poder entre el Estado y la sociedad. Donde el Estado no está controlado por la sociedad, las reformas económicas tienden a ser cooptadas por las élites o manipuladas para reforzar la dominación.

Este capítulo también señala que en regímenes autoritarios o débilmente institucionalizados, las políticas económicas no buscan maximizar el bienestar social, sino garantizar la estabilidad del poder. Por eso se crean subsidios artificiales, se favorecen industrias controladas por amigos del régimen o se restringen las libertades económicas de los opositores. Esto produce economías ineficientes, dependientes, con baja productividad y con altos niveles de desigualdad estructural. En muchos casos, la economía no está al servicio del desarrollo, sino al servicio de la supervivencia política del gobernante.

Otro aspecto importante que se destaca es cómo la desigualdad económica extrema, especialmente en contextos fuera del pasillo estrecho, no es solo una consecuencia del sistema, sino también un mecanismo de control. Las élites utilizan la pobreza de las mayorías como una herramienta para manipular votos, ofrecer favores a cambio de lealtad o limitar el acceso a la educación y la información. En este sentido, el orden económico y el orden político se retroalimentan en la exclusión.

Se advierte que muchos diagnósticos convencionales del desarrollo económico ignoran esta conexión entre economía y poder. Por ejemplo, suponen que basta con mejorar la infraestructura, atraer inversión extranjera o reducir impuestos para que un país crezca. Sin embargo, si las instituciones siguen siendo extractivas y la sociedad no tiene capacidad para exigir rendición de cuentas, estos cambios económicos no solo serán ineficaces, sino que incluso pueden reforzar la dominación existente. La verdadera transformación económica solo puede surgir cuando el Estado y la sociedad están en equilibrio, con instituciones inclusivas y participativas.

El capítulo concluye resaltando que una economía incluyente y dinámica solo puede existir dentro del pasillo estrecho, donde hay un Estado con capacidad suficiente para regular, proteger y promover el desarrollo, pero que al mismo tiempo está limitado por una sociedad civil fuerte, vigilante y activa. Fuera de ese pasillo, la economía se convierte en un instrumento de dominación, no de libertad.

5. Alegoría del buen gobierno

Acemoglu y Robinson nos invitan a reflexionar sobre el significado profundo del buen gobierno a través de una mirada simbólica y artística: el famoso fresco de Ambrogio Lorenzetti, pinta-

do en 1338, que se encuentra en el Palacio Público de Siena, Italia. Esta obra, conocida como *La alegoría del buen y del mal gobierno*, sirve como punto de partida para una exploración sobre cómo se ve y cómo se manifiesta el buen gobierno cuando realmente existe en la práctica. Los autores utilizan esta pintura no solo como una referencia histórica, sino como una representación visual del tipo de equilibrio político y social que ellos describen como el pasillo estrecho.

La obra de Lorenzetti muestra dos escenas contrastantes: por un lado, una ciudad y un campo florecientes bajo los efectos del buen gobierno, y por otro, un escenario de caos, destrucción y miseria, resultado del mal gobierno. En la parte positiva del fresco, se observa una ciudad donde los ciudadanos trabajan, comercian, se educan y viven en armonía. El gobierno está representado simbólicamente por una figura que no actúa con violencia, sino que coordina, escucha y es limitado por el equilibrio de poderes. En el lado opuesto, el mal gobierno aparece como una figura tiránica que impone miedo y violencia, rodeada de figuras que simbolizan la avaricia, la crueldad y la injusticia. Este contraste representa de forma clara el tipo de sociedad que se construye cuando hay equilibrios institucionales frente a la que se impone cuando el poder se concentra de forma arbitraria.

A partir de esta imagen, los autores desarrollan la idea de que el buen gobierno —y, por tanto, la libertad— solo puede florecer cuando se dan ciertas condiciones fundamentales. En primer lugar, debe existir un Estado con capacidad organizativa e institucional, lo suficientemente fuerte para impartir justicia, mantener el orden, proveer bienes públicos y proteger los derechos de las personas. Pero, al mismo tiempo, ese Estado debe estar limitado por una sociedad activa, que participa políticamente, exige rendición de cuentas y vigila que el poder no se desvíe hacia el autoritarismo.

Se enfatiza que no basta con tener leyes o instituciones formales: el buen gobierno es un producto social e histórico que surge de una relación compleja entre actores políticos, económicos y ciudadanos. También, que el buen gobierno no implica necesariamente eficiencia económica en el corto plazo ni crecimiento acelerado, sino el establecimiento de reglas justas, previsibles y sostenibles que permitan que todos los miembros de la sociedad puedan desarrollarse. El buen gobierno, por tanto, no es una fórmula técnica, sino una construcción política profundamente enraizada en la capacidad colectiva de una sociedad para equilibrar el poder.

6. La tijera europea

El título del capítulo hace referencia a una metáfora que describe el proceso

histórico mediante el cual el Estado y la sociedad civil crecieron de forma simultánea, como si fueran dos hojas de una tijera que se abren a la vez. Esta expansión coordinada permitió que se desarrollaran Estados fuertes pero limitados y sociedades civiles activas y organizadas, generando las condiciones para el surgimiento de gobiernos representativos, instituciones inclusivas y libertades sostenidas.

Los autores contrastan esta trayectoria europea con lo ocurrido en otras partes del mundo, donde el desarrollo del Estado fue desequilibrado: o bien se fortaleció sin control social, lo que dio paso a régimes autoritarios, o bien nunca logró consolidarse, dejando vacíos de poder, violencia y fragmentación. Europa, en cambio, vivió un proceso histórico especial, marcado por el conflicto entre diferentes grupos sociales y por una evolución política gradual que impidió la concentración absoluta del poder. Este conflicto, lejos de ser destructivo, fue el motor de la transformación institucional.

Uno de los elementos que explican este fenómeno fue la estructura fragmentada de Europa después de la caída del Imperio romano. A diferencia de otras regiones que quedaron unificadas bajo imperios centralizados y autoritarios, Europa se dividió en múltiples reinos, principados, ciudades-Estado y territorios independien-

tes. Esta diversidad política generó competencia entre las unidades políticas, lo que obligó a los gobernantes a negociar con sus súbditos, comerciantes y élites locales para obtener recursos y legitimidad. En lugar de imponer su autoridad de manera vertical, muchos monarcas tuvieron que ceder poder a Parlamentos, asambleas o concejos urbanos, abriendo espacios para la participación social en la toma de decisiones.

El caso inglés es presentado como uno de los ejemplos más emblemáticos de esta dinámica. A través de conflictos como la Carta Magna de 1215, la guerra civil inglesa y la Revolución Gloriosa de 1688, se fue consolidando un equilibrio entre el Estado y la sociedad, en el que el poder del monarca fue limitado por instituciones representativas y la sociedad ganó derechos y espacios de deliberación política. Este proceso no fue sencillo ni pacífico, pero permitió que Inglaterra —y luego Reino Unido— desarrollara un Estado eficiente, con capacidad para recaudar impuestos, hacer cumplir leyes y promover el crecimiento económico, sin caer en el autoritarismo.

También se explora cómo este equilibrio institucional favoreció la aparición del capitalismo moderno. La seguridad jurídica, la propiedad protegida, la apertura comercial y la inclusión política generaron un entorno

favorable para la innovación, la inversión y el desarrollo económico sostenido. En este sentido, la “tijera europea” no solo permitió el surgimiento de la libertad política, sino también de una economía dinámica e incluyente. Las dos hojas de la tijera (Estado y sociedad) se movieron juntas, alimentándose mutuamente y evitando que una aplastara a la otra.

No obstante, Acemoglu y Robinson aclaran que este proceso no fue homogéneo ni universal dentro de Europa. En algunos países, como Francia o España, el camino fue más accidentado y con fases de autoritarismo prolongado. En Europa oriental, en cambio, el Estado frecuentemente se impuso sobre una sociedad débil, lo que derivó en sistemas más autocráticos. Esto demuestra que la entrada al pasillo estrecho no fue producto de una receta europea única, sino de circunstancias históricas particulares, donde el conflicto, la fragmentación y la participación social jugaron un papel clave.

7. El mandato del cielo

El capítulo se enfoca en la experiencia histórica de China para mostrar un caso representativo de un Estado fuerte, pero sin una sociedad capaz de limitar su poder. A través del análisis de este modelo, los autores buscan demostrar que el fortalecimiento del Estado no necesariamente conduce a

la libertad, y que, cuando la sociedad no tiene mecanismos efectivos para controlar al poder político, incluso un Estado altamente funcional puede convertirse en una estructura despótica. La expresión “mandato del cielo”, se refiere al principio filosófico y político que ha legitimado durante siglos el poder imperial en China, y que representa simbólicamente la ausencia de límites reales al Estado.

Según esta doctrina tradicional, el gobernante —el emperador— recibe un mandato sagrado para ejercer su autoridad sobre el pueblo. Si el país prospera y hay estabilidad, se considera que el cielo respalda su reinado. Si hay hambrunas, rebeliones o catástrofes, se interpreta que el mandato ha sido revocado. Aunque este concepto parece establecer una forma de rendición de cuentas, en realidad no existe una institucionalidad formal ni una sociedad organizada capaz de limitar activamente el poder imperial. La única forma de frenar a un gobernante abusivo era mediante una revuelta, pero no a través de instituciones representativas o derechos establecidos.

Acemoglu y Robinson explican que China desarrolló desde muy temprano un aparato estatal centralizado, burocrático y eficiente, que logró imponer su autoridad sobre vastos territorios y poblaciones. Ya en la dinastía Qin (siglo III a.C.) y más aún bajo los

Han, se estableció una administración meritocrática que usaba exámenes y normas racionalizadas para reclutar funcionarios públicos. Esta estructura estatal permitió al Imperio chino mantener el orden, recaudar impuestos, construir infraestructuras y sostener una economía agrícola estable durante siglos. No obstante, este desarrollo del Leviatán no fue acompañado por un fortalecimiento paralelo de la sociedad civil.

A diferencia de Europa, donde el conflicto entre monarcas, nobles, burgueses y campesinos dio origen a instituciones representativas, en China la sociedad fue sistemáticamente subordinada al poder del Estado. No hubo parlamentos ni contrapesos efectivos ni libertades individuales protegidas por ley. El emperador no debía rendir cuentas ante la ciudadanía, sino solo ante una lógica simbólica-religiosa. Por ello, los autores consideran que China representa el caso más acabado de un Leviatán despótico: un Estado fuerte y duradero, pero carente de límites sociales e institucionales reales.

Este modelo tuvo profundas implicaciones en el desarrollo económico y político de China. Aunque el país pudo sostener altos niveles de organización administrativa, no generó una cultura de participación ciudadana ni promovió la innovación institucional. Las decisiones se tomaban desde

la cúpula, y los ciclos de estabilidad eran interrumpidos por crisis dinásticas, rebeliones y colapsos periódicos del sistema. La ausencia de control social provocó una rigidez estructural que impedía corregir errores, adaptar políticas o incluir nuevas voces en el proceso político. En consecuencia, el Estado chino fue estable pero inflexible, eficiente pero opresivo.

Acemoglu y Robinson también establecen una conexión entre este legado histórico y la actualidad. Argumentan que muchas características del régimen chino contemporáneo reflejan continuidades con ese modelo imperial: un Estado con enorme capacidad de control, una burocracia profesionalizada, pero sin instituciones democráticas ni contrapesos sociales significativos. Aunque China ha tenido un crecimiento económico espectacular en las últimas décadas, los autores sostienen que su sistema político sigue siendo autoritario, vertical y cerrado, y que su fortaleza estatal no implica libertad, sino todo lo contrario: el mantenimiento de un Leviatán que se presenta como garante del orden y el desarrollo, pero que limita sistemáticamente la autonomía de los ciudadanos.

8. La Reina Roja rota

Acemoglu y Robinson retoman la metáfora de la Reina Roja, vista en el

capítulo 2, para mostrar lo que sucede cuando el equilibrio dinámico entre el Estado y la sociedad se rompe. Mientras en aquel capítulo anterior se planteaba que el progreso hacia la libertad requiere que tanto el Estado como la sociedad corran al mismo ritmo (como en una carrera perpetua para no retroceder), en este capítulo se analiza qué pasa cuando uno de los dos actores se debilita o se estanca, rompiendo la lógica de coevolución que permite sostener la vida dentro del pasillo estrecho. El resultado de esa ruptura puede ser el autoritarismo, el estancamiento institucional o incluso el colapso del orden político.

Los autores sostienen que este quiebre puede producirse por múltiples factores: una crisis económica, una guerra, una pandemia, una regresión institucional o una concentración excesiva de poder. Cuando la sociedad pierde su capacidad de resistencia, organización o representación, el Estado tiende a ocupar todo el espacio político, volviéndose un Leviatán despótico. En cambio, cuando el Estado se debilita hasta perder autoridad, emerge el Leviatán ausente, y el vacío de poder se llena con violencia, clientelismo o dominación local. Ambos escenarios marcan la salida del pasillo estrecho y la ruptura de la dinámica de la Reina Roja.

Uno de los ejemplos históricos que los autores analizan es el caso del Impe-

rio otomano. Durante siglos, este imperio logró mantener una estructura estatal centralizada y relativamente eficaz. Sin embargo, a medida que el tiempo avanzó, se hizo cada vez más dependiente de redes clientelares, militares y religiosas, lo que debilitó la capacidad del Estado para reformarse o adaptarse. La sociedad, por su parte, no logró desarrollarse como un actor autónomo que pudiera oponerse a los abusos del poder. Esta falta de coevolución llevó al estancamiento institucional y, finalmente, al colapso del imperio. En este caso, el Leviatán se quebró por dentro, sin que la sociedad tuviera la fuerza suficiente para reemplazarlo o transformarlo.

Otro caso relevante es el de América Latina, donde, en muchos países, los Estados se han mantenido débiles, fragmentados o cooptados por intereses particulares, mientras que las sociedades tampoco han alcanzado el nivel de organización necesario para exigir verdaderas transformaciones. Esta doble debilidad ha generado ciclos de inestabilidad, populismo, clientelismo y violencia. Los intentos de reforma suelen fracasar porque carecen del respaldo sostenido de una sociedad civil activa y porque enfrentan una estructura estatal frágil, corrupta o excluyente. Aquí, la Reina Roja está rota no por exceso de poder, sino por una simetría de debilidad entre Estado y sociedad.

Acemoglu y Robinson también abordan los riesgos contemporáneos que enfrentan democracias aparentemente consolidadas. En países como Estados Unidos, por ejemplo, alertan sobre los peligros del debilitamiento de la sociedad civil, la polarización extrema, la concentración del poder en el Ejecutivo y la manipulación del sistema institucional por parte de actores que buscan socavar los equilibrios democráticos. Si la ciudadanía se desmoviliza, si las instituciones pierden legitimidad o si los contrapesos se erosionan, la Reina Roja puede romperse incluso en naciones con una larga tradición democrática. En este sentido, el capítulo sirve como advertencia: ninguna sociedad está exenta del riesgo de salir del pasillo estrecho.

9. El diablo en los detalles

Acemoglu y Robinson profundizan en uno de los puntos clave de su argumento: “no basta con que una sociedad tenga instituciones estatales o normas formales para entrar y permanecer en el pasillo estrecho. Lo verdaderamente decisivo está en los detalles del diseño institucional, en las prácticas cotidianas, en cómo se ejerce el poder y en los mecanismos reales, no solo formales, que permiten o impiden que la sociedad limite y controle al Estado”.

El capítulo alude precisamente a esta idea: que el éxito o el fracaso en construir libertad no depende solo de es-

tructuras generales, sino de aspectos específicos que muchas veces se pasan por alto. En otras palabras, los pequeños componentes del funcionamiento institucional —cómo se eligen los jueces, cómo se financian los partidos, cómo se hace cumplir la ley, cómo se articulan las demandas ciudadanas— son determinantes para saber si una sociedad está realmente dentro del pasillo estrecho o solo parece estarlo en apariencia.

Los autores critican aquellas visiones simplistas del desarrollo que suponen que copiar un conjunto de instituciones exitosas de un país a otro es suficiente para lograr el progreso político. También rechazan las fórmulas universales que se enfocan en crear constituciones, celebrar elecciones o adoptar modelos administrativos sin atender a los contextos históricos, sociales y culturales. Para Acemoglu y Robinson, no se trata de imitar estructuras, sino de construir procesos reales de equilibrio entre poder estatal y poder social.

Uno de los ejemplos que presentan es el caso de Colombia. A simple vista, Colombia cuenta con una constitución democrática, elecciones regulares y una división formal de poderes. Sin embargo, en la práctica, la influencia de actores armados ilegales, la desigualdad, la captura del Estado por élites económicas y los vínculos entre

política y crimen han socavado gravemente la capacidad de la sociedad para controlar al poder. En este contexto, muchas instituciones funcionan solo superficialmente. La forma está, pero el contenido está vacío. Esto demuestra que la existencia de instituciones no garantiza su efectividad si los mecanismos de rendición de cuentas son débiles o están distorsionados.

Acemoglu y Robinson subrayan que los verdaderos controles al poder no dependen únicamente de leyes escritas, sino de cómo se aplican, quién las vigila, y qué consecuencias hay para el abuso. En sociedades donde los poderosos pueden violar las reglas sin castigo, o donde las instituciones funcionan selectivamente, la libertad no puede sostenerse. Por eso, el diablo está en los detalles: en las prácticas reales, en la cultura política, en el nivel de organización social y en la transparencia del sistema.

Además, los autores advierten que muchos gobiernos autoritarios han aprendido a simular instituciones democráticas. Organizan elecciones, permiten cierta prensa libre o promueven reformas constitucionales que aparentan fortalecer la democracia, pero en realidad consolidan su control. Rusia bajo Vladimir Putin es un ejemplo de este fenómeno: formalmente el país celebra elecciones y tiene un parlamento, pero en la práctica

el poder está altamente concentrado y las instituciones están subordinadas al Ejecutivo. Este tipo de regímenes se disfrazan de democracias para obtener legitimidad, mientras en los hechos impiden el funcionamiento de la Reina Roja.

Otro punto importante del capítulo es la importancia de la participación ciudadana activa, sostenida y organizada. La sociedad no puede limitar al Estado de forma abstracta o espontánea. Necesita canales efectivos, medios de comunicación independientes, partidos políticos abiertos, sindicatos, organizaciones civiles y tribunales funcionales. Sin estas herramientas, el poder se acumula fácilmente en manos de unos pocos. La cultura de la legalidad, el civismo y la educación política también son “detalles” que marcan la diferencia entre una democracia robusta y una frágil.

Acemoglu y Robinson explican que incluso las democracias consolidadas pueden deteriorarse si descuidan estos aspectos. Cuando los ciudadanos dejan de participar, cuando el Poder Judicial se politiza o cuando el sistema de pesos y contrapesos se erosiona, la libertad se vuelve vulnerable. Los cambios pueden parecer pequeños al principio, pero se acumulan hasta provocar retrocesos significativos. De ahí la importancia de mantenerse atentos no solo a los grandes

principios, sino también a las prácticas diarias del poder.

10. ¿Qué pasa con Ferguson?

Se aborda un tema particularmente relevante: cómo las desigualdades históricas y estructurales dentro de una democracia formalmente consolidada como Estados Unidos pueden poner en riesgo la permanencia dentro del pasillo estrecho. Utilizan como caso emblemático lo sucedido en la ciudad de Ferguson, Missouri, donde, en 2014, el asesinato del joven afroamericano Michael Brown a manos de un policía blanco desató protestas masivas, visibilizando las profundas tensiones raciales, económicas e institucionales que aún persisten en la sociedad estadounidense. El capítulo plantea una pregunta fundamental: ¿cómo es posible que un país con instituciones democráticas, separación de poderes y derechos ciudadanos exhiba prácticas autoritarias o discriminatorias que contradicen los principios de libertad e igualdad?

Ferguson se convierte así en un símbolo de un fenómeno más amplio: la existencia de comunidades marginadas que, aun viviendo dentro de un Estado democrático, no experimentan en la práctica los beneficios de la libertad plena. Acemoglu y Robinson explican que, aunque Estados Unidos ha logrado históricamente construir

un Leviatán fuerte limitado por la participación ciudadana, lo que le ha permitido vivir durante mucho tiempo dentro del pasillo estrecho, este equilibrio no se distribuye de forma equitativa entre todos sus habitantes. Grupos como la comunidad afroamericana han vivido una historia de exclusión, represión y desigualdad institucional que los coloca, en muchos sentidos, fuera del pasillo estrecho, incluso dentro de un país que, en conjunto, sí se encuentra en él.

El caso de Ferguson evidencia cómo las instituciones pueden funcionar de forma profundamente sesgada. Las investigaciones posteriores al asesinato de Brown revelaron un patrón de abuso policial sistemático contra la población negra, un sistema judicial orientado a recaudar fondos más que a impartir justicia y una estructura política local dominada por intereses blancos en una ciudad mayoritariamente afroamericana. Esto no solo habla de racismo estructural, sino de una ruptura entre el Estado y la sociedad: el Estado actúa como una fuerza ajena, hostil, incluso opresiva, en lugar de como un garante de derechos y libertades.

Los autores enfatizan que este tipo de dinámicas no son fallas aisladas ni accidentes institucionales, sino que responden a procesos históricos de exclusión. La esclavitud, la segregación, la

discriminación legal y económica han dejado huellas profundas en la vida cívica de comunidades enteras. Estas comunidades, por tanto, no han podido construir una relación equilibrada con el Estado, lo que impide que la dinámica de la Reina Roja (la coevolución continua entre Estado y sociedad) funcione adecuadamente en su caso. Aunque Estados Unidos, como país, parezca estar dentro del pasillo estrecho, millones de ciudadanos viven fuera de él, atrapados en estructuras que los marginan y limitan su libertad real.

Acemoglu y Robinson también advierten sobre la fragilidad de la democracia cuando se toleran estas desigualdades. Si el sistema institucional no corrige estas brechas, si no se reconoce el problema y se transforma, la tensión puede acumularse hasta poner en riesgo el equilibrio general. La exclusión sistemática de ciertos sectores puede erosionar la legitimidad del Estado, generar desconfianza masiva y abrir la puerta a crisis políticas mayores. La libertad se basa en la inclusión, y cuando partes significativas de la sociedad no participan de los derechos, del poder ni de los beneficios del sistema, el pasillo estrecho comienza a cerrarse para todos.

II. El Leviatán de papel

Acemoglu y Robinson analizan un fenómeno institucional distinto, pero

igualmente problemático: la existencia de Estados que, si bien aparentan tener estructuras legales y gubernamentales, carecen de capacidad real para ejercer autoridad, garantizar derechos o proveer bienes públicos. A este tipo de entidades estatales frágiles y disfuncionales los autores las llaman “Leviatanes de papel”: figuras que existen formalmente en constituciones, leyes y organismos, pero que en la práctica no tienen poder efectivo ni legitimidad suficiente para cumplir con sus funciones básicas.

Este capítulo se centra en demostrar que no todo Estado es un Leviatán fuerte. De hecho, muchos países tienen gobiernos que se presentan como tales pero que, al no poder implementar decisiones, hacer cumplir las leyes o mantener el orden, acaban siendo irrelevantes o, peor aún, instrumentos de abuso usados por élites o grupos informales. En estos contextos, las instituciones son débiles, los sistemas de justicia son inoperantes o corruptos y la burocracia funciona con base en clientelismo, sobornos y favoritismos. El resultado es un sistema que simula ser un Estado moderno, pero actúa como un cascarón vacío.

Un ejemplo central de este tipo de Leviatán es el caso de muchos países del África subsahariana, como Somalia, Sudán del Sur o la República

Democrática del Congo. En estas naciones existen ministerios, tribunales y parlamentos que cumplen con las formas del Estado moderno, pero carecen de poder efectivo sobre grandes porciones del territorio. La autoridad real muchas veces está en manos de milicias, clanes, mafias, caudillos o actores externos. En vez de proveer servicios o ejercer justicia, el Leviatán de papel se convierte en un símbolo impotente, incapaz de organizar la vida colectiva ni de establecer un pacto social duradero.

Sin embargo, Acemoglu y Robinson advierten que el Leviatán de papel no es exclusivo de los países en guerra o con conflictos étnicos. También está presente en democracias formales que, por diversas razones, han desarrollado instituciones débiles. En muchos países de América Latina, por ejemplo, los Estados existen, pero su capacidad de acción está limitada por la corrupción, la captura de instituciones por élites económicas o políticas, y la falta de presencia en zonas rurales o marginales. En estos contextos, la ley no se aplica por igual y grandes segmentos de la población viven sin protección real, sin servicios básicos y sin acceso a mecanismos efectivos de justicia.

Este tipo de Leviatán no es solo ineficaz, sino también peligroso, porque genera una sensación de legalidad

que no corresponde con la realidad. La población percibe el Estado como una farsa, lo que alimenta la desconfianza, el desapego cívico y el recurso a la violencia o a la justicia por mano propia. Además, cuando el Estado se convierte en un botín que las élites capturan para enriquecerse, los ciudadanos pierden incentivos para participar en la vida pública, lo que debilita aún más la sociedad civil y cierra las puertas al pasillo estrecho.

12. Los hijos de Wahhab

Aquí se analiza el caso particular de Arabia Saudita como ejemplo de una sociedad que ha permanecido fuera del pasillo estrecho debido a la existencia de un Leviatán despótico, profundamente reforzado por normas religiosas y sociales inflexibles. Este capítulo estudia cómo las normas culturales, particularmente las de origen religioso, pueden actuar como barreras poderosas para impedir la evolución del equilibrio entre Estado y sociedad, bloqueando así el acceso a la libertad.

El título del capítulo hace referencia a Muhammad ibn Abd al-Wahhab, un reformador religioso del siglo XVIII cuyas ideas dieron origen al wahabismo, una versión rigorista y puritana del islam sunita. Esta doctrina, centrada en una interpretación estricta de la *sharía* (ley islámica), fue adopta-

da como base ideológica del reino de Arabia Saudita tras su alianza con la familia Al Saud. Desde entonces, la estructura del Estado saudí ha estado profundamente ligada a esta interpretación religiosa del orden social y político, lo que ha moldeado una sociedad caracterizada por la obediencia, la subordinación y la supresión sistemática de la disidencia.

Los autores explican que en Arabia Saudita no existe un equilibrio entre el poder estatal y la sociedad civil, porque el Estado ha monopolizado tanto el poder político como el moral. Las instituciones religiosas no solo legitiman al régimen, sino que también participan activamente en la vigilancia de la población, en la represión del comportamiento considerado “desviado” y en el control de la educación y la vida cotidiana. La sociedad, lejos de desafiar o limitar al Estado, ha sido educada en una lógica de obediencia y miedo, lo que ha impedido el surgimiento de organizaciones cívicas, prensa libre, partidos políticos o mecanismos de participación democrática.

En este sentido, Arabia Saudita representa un caso extremo de lo que los autores llaman “dominación normativa”: no solo hay un Estado fuerte y autoritario, sino que las normas sociales y religiosas están diseñadas para impedir cualquier cuestionamiento

del orden establecido. Las mujeres, por ejemplo, han sido históricamente sometidas a un régimen de tutela masculina que les impide tomar decisiones autónomas sobre su vida. La libertad religiosa no existe y la expresión política está severamente limitada. En este contexto, la entrada al pasillo estrecho no solo está cerrada por el poder estatal, sino también por una cultura profundamente restrictiva.

Acemoglu y Robinson advierten que este tipo de régimen no se mantiene únicamente por la represión, sino también por una compleja red de intercambios entre la familia real, las élites religiosas y sectores de la población. El Estado proporciona bienestar económico, subsidios, empleos públicos, servicios gratuitos, a cambio de obediencia política. Es lo que ellos denominan un “pacto autoritario”, en el cual la población acepta su falta de libertades a cambio de estabilidad y beneficios materiales. Sin embargo, este modelo es frágil, porque depende del ingreso petrolero, de la cohesión interna de la élite y del control absoluto de la disidencia.

13. La Reina Roja fuera de control

Acemoglu y Robinson abordan un fenómeno diferente pero igualmente problemático: qué sucede cuando la sociedad civil se fortalece tanto que supera y neutraliza la capacidad del

Estado, debilitando su autoridad y funcionalidad. Esta situación, opuesta a la del Leviatán despótico, también rompe el equilibrio necesario para permanecer en el pasillo estrecho. El capítulo ilustra cómo una sociedad demasiado poderosa, que socava el poder estatal o impide su consolidación, puede llevar a un caos institucional, a la parálisis estatal o incluso a la fragmentación de la autoridad, impidiendo el desarrollo de libertades efectivas.

Para explicar esta dinámica, los autores retoman la metáfora de la Reina Roja, pero en este caso muestran cómo dicha carrera puede desbordarse o volverse disfuncional cuando no hay un contrapeso efectivo por parte del Estado. Cuando la sociedad domina completamente y no permite que el Estado ejerza su rol regulador, protector y coordinador, no se genera libertad, sino desorden, anarquía o gobiernos débiles y capturados por facciones.

Uno de los ejemplos más claros de esta situación que desarrollan los autores es el caso de Afganistán, especialmente tras la caída del régimen talibán en 2001. En ese contexto, se intentó construir un nuevo Estado centralizado con apoyo internacional. Sin embargo, la sociedad afgana estaba profundamente dividida en grupos étnicos, tribales, religiosos y regionales, cada

uno con intereses y estructuras propias. En lugar de permitir la formación de un Estado nacional efectivo, estas facciones utilizaron su poder social para obstaculizar, debilitar o capturar al aparato estatal. Como resultado, el Estado afgano terminó siendo débil, fragmentado y sumamente dependiente de acuerdos informales con líderes locales que actuaban más como señores feudales que como representantes democráticos.

Este fenómeno es lo que los autores llaman “una Reina Roja fuera de control”: una sociedad que se mueve, resiste y compite, pero sin que exista un Estado suficientemente sólido para canalizar esa energía de forma institucionalizada. El resultado no es libertad, sino ingobernabilidad. La sociedad no logra controlar al Leviatán porque este ni siquiera existe en su forma funcional; en su lugar, hay un vacío de poder que se llena con clientelismo, milicias privadas, gobiernos paralelos o negociaciones entre élites que no representan al conjunto de la población.

Acemoglu y Robinson destacan que esta dinámica también puede observarse, aunque de manera menos extrema, en países donde la fragmentación política y el exceso de voto por parte de grupos de interés impiden cualquier acción estatal efectiva. En estos casos, la sociedad civil puede ser

vibrante, activa y plural, pero si el Estado no puede implementar decisiones, aplicar la ley o garantizar bienes públicos, la libertad sigue siendo ilusoria o frágil. La coevolución se rompe no porque el Estado oprime, sino porque está paralizado por la presión constante de actores sociales que impiden su consolidación o reforma.

El capítulo también critica la visión romántica de la sociedad civil como intrínsecamente positiva. Si bien una sociedad activa es esencial para la libertad, una sociedad sin responsabilidad, sin coordinación y sin capacidad de compromiso también puede obstaculizar el desarrollo. Cuando los distintos sectores de la sociedad solo buscan defender sus intereses particulares y no contribuyen a un proyecto común, el equilibrio institucional se rompe. El exceso de voto, la polarización extrema o el uso falso del poder social terminan minando la autoridad del Estado y, con ello, la posibilidad de garantizar derechos universales.

Este tipo de contexto puede encontrarse en algunos países de América Latina, donde las organizaciones sociales, sindicatos, partidos y grupos empresariales tienen poder significativo, pero el Estado carece de la fuerza o legitimidad para establecer reglas claras y aplicar la ley por igual. En esos casos, cada grupo presiona por

beneficios particulares, pero el resultado es una debilidad estructural del Estado, que lo convierte en rehén de negociaciones, corrupción o bloqueos constantes. De nuevo, no hay libertad plena, sino una especie de captura mutua entre Estado y sociedad, donde nadie gana realmente.

14. En el pasillo

A lo largo del libro se han mostrado múltiples ejemplos históricos y contemporáneos de Estados despóticos, Leviátanes de papel o situaciones donde la Reina Roja está fuera de control, aquí se enfocan en los pocos casos donde ha sido posible sostener a lo largo del tiempo un equilibrio entre un Estado fuerte y una sociedad igualmente fuerte, activa y vigilante. Estar en el pasillo, como lo explican, no significa haber alcanzado una meta fija, sino vivir en una tensión permanente, una relación dinámica que debe sostenerse mediante el conflicto institucionalizado, la rendición de cuentas, la participación ciudadana y la adaptación constante a nuevos desafíos.

Los autores definen el pasillo como una franja muy estrecha de interacción equilibrada entre el poder estatal y la libertad social. Para que una sociedad se mantenga allí, el Estado debe tener la capacidad de imponer reglas, proteger derechos, garantizar bienes públicos y hacer valer la ley. Pero, al

mismo tiempo, debe estar limitado por una sociedad civil organizada, una prensa libre, instituciones independientes y ciudadanos informados que exijan transparencia, justicia e inclusión. El equilibrio no es estable ni automático. Cada vez que el Estado se fortalece, la sociedad debe fortalecerse también. Cada vez que la sociedad gana poder, el Estado debe adaptarse sin quebrarse. Esta carrera sin fin es la metáfora central de la Reina Roja: hay que correr solo para mantenerse en el mismo lugar.

En esta parte del libro, Acemoglu y Robinson destacan que los países que han logrado mantenerse dentro del pasillo no lo han hecho gracias a fórmulas técnicas, recursos naturales o diseños constitucionales ideales, sino a través de procesos sociales e históricos conflictivos, graduales y profundamente políticos. Democracias como las de Estados Unidos, Reino Unido, Suecia o Canadá han atravesado guerras, luchas sociales, movimientos por los derechos civiles, reformas institucionales e incluso regresiones, pero han logrado sostener una cultura de participación que equilibra el poder del Estado sin destruirlo.

Sin embargo, los autores también advierten que ningún país está a salvo de salir del pasillo. Las amenazas pueden venir desde el autoritarismo (cuando el Estado comienza a con-

centrar poder), desde la parálisis estatal (cuando la sociedad lo debilita o fragmenta) o desde dentro, cuando grupos de interés capturan instituciones o se debilitan los mecanismos de rendición de cuentas. El pasillo es, por tanto, una franja vulnerable que se puede perder si no se defiende activamente. Esto implica que la libertad no es un estado consolidado ni un destino asegurado, sino una condición que requiere atención, vigilancia y renovación constantes.

15. Vivir con el Leviatán

En el capítulo final, Acemoglu y Robinson cierran su argumento central enfatizando una idea fundamental: no podemos aspirar a la libertad sin un Estado fuerte, pero tampoco podemos permitir que ese Estado crezca sin control. Vivir con el Leviatán es necesario para la organización política, la protección de derechos y el desarrollo económico, pero solo es posible si aprendemos a limitarlo activamente, manteniéndolo bajo vigilancia constante mediante una sociedad comprometida, participativa y organizada.

El Leviatán, como concepto, no debe entenderse únicamente como una amenaza. De hecho, gran parte de la historia humana está marcada por la ausencia de un poder central capaz de garantizar seguridad, resolver conflictos o distribuir justicia. En

esos contextos de Leviatán ausente (como en estados fallidos o comunidades desprotegidas) lo que prevalece no es la libertad, sino el miedo, la violencia y la desigualdad. Por eso, una parte esencial de la construcción de la libertad es aceptar que necesitamos un Estado fuerte. Sin él no hay ley, no hay protección contra el abuso privado ni posibilidad de progreso colectivo.

Sin embargo, los autores dejan claro que el peligro opuesto también es real. Cuando el Leviatán se convierte en una entidad todopoderosa, sin límites ni controles, nace el despotismo. A lo largo del libro, han mostrado cómo regímenes como el de Arabia Saudita, la China imperial o las autocracias modernas han usado el poder estatal para reprimir, silenciar y subyugar a la sociedad. En estos casos, el Leviatán se convierte en un amo, no en un servidor. El equilibrio entre necesidad y peligro es el dilema central de la vida política moderna.

Acemoglu y Robinson concluyen que la única manera sostenible de convivir con el Leviatán es dentro del pasillo estrecho, esa franja de tensión productiva donde ni el Estado ni la sociedad se imponen completamente, sino que se controlan mutuamente. Ese equilibrio es difícil de alcanzar y aún más difícil de mantener, pero es la única vía hacia

la libertad duradera. La metáfora del pasillo se vuelve así una imagen del compromiso político: una trayectoria inestable pero posible, entre el caos y la opresión.

Además, subrayan que esta convivencia requiere un esfuerzo colectivo continuo. No se trata de crear una Constitución perfecta ni de elegir a un líder virtuoso, sino de mantener vivas las instituciones que permiten la participación, la crítica, el cambio y el control del poder. Cada generación tiene que recorrer ese pasillo por su cuenta, respondiendo a sus propios desafíos históricos, tecnológicos y sociales. Por eso, la libertad no es una condición estática, sino una práctica constante de vigilancia, resistencia y renovación.

El libro cierra con una advertencia y una esperanza. La advertencia es que nunca debemos dar por sentada la libertad. Incluso las democracias más sólidas pueden salir del pasillo si el Estado se fortalece sin control o si la sociedad se debilita por desinformación, apatía o fragmentación. La esperanza es que, si las personas se organizan, participan y exigen, el equilibrio puede mantenerse o incluso recuperarse, como lo han demostrado numerosos movimientos sociales en todo el mundo. En ese sentido, la libertad no es un regalo ni un legado: es una construcción política que exige valentía, claridad y constancia.

CONCLUSIÓN DE LOS AUTORES

A lo largo de *El pasillo estrecho*, Daron Acemoglu y James A. Robinson desarrollan una teoría profunda y matizada sobre la libertad política y su relación con el poder estatal y la fuerza de la sociedad civil. Su tema central es que la libertad no se alcanza simplemente reduciendo el poder del Estado, ni se garantiza con su fortalecimiento unilateral, sino que emerge únicamente cuando el Estado y la sociedad evolucionan juntos en una relación de tensión, control y adaptación mutua. Este frágil y dinámico equilibrio es lo que los autores denominan “el pasillo estrecho”: un espacio institucional y político en el que el Leviatán —el Estado— es lo suficientemente fuerte para imponer el orden y proteger derechos, pero también está suficientemente limitado por una sociedad organizada que lo vigila y lo somete a rendición de cuentas.

A lo largo de los capítulos, los autores ilustran esta teoría con una amplia variedad de ejemplos históricos y contemporáneos, desde civilizaciones antiguas hasta democracias modernas, pasando por Estados fallidos, autoritarismos teocráticos, sistemas clientelares y sociedades atrapadas por normas tradicionales inflexibles. Cada uno de estos casos sirve para demostrar qué sucede cuando el equilibrio se rompe en distintas direcciones. Cuando el Estado se impone sobre la sociedad, como en China imperial, Arabia Saudita o la Francia absolutista, surge un Leviatán despótico que sofoca la libertad. Cuando el Estado es débil o solo existe en apariencia,



como en Somalia, Afganistán o muchas partes de América Latina, se produce un Leviatán de papel que no puede garantizar derechos ni justicia. Y cuando la sociedad se vuelve demasiado poderosa, fragmentando al Estado o impidiendo su acción, como ocurrió en Afganistán o en casos de populismo farricoso, se cae en el caos institucional.

Lo que emerge de este análisis comparado es que la libertad no es una condición estática ni universal, sino una construcción histórica e inestable. Requiere no solo estructuras institucionales, sino prácticas reales de vigilancia, protesta, cooperación, y reforma constante. La metáfora de la Reina Roja, que obliga a correr constantemente para no retroceder, resume con claridad esta lógica: el equilibrio entre Estado y sociedad debe renovarse permanentemente, porque ambos actores tienden naturalmente al desequilibrio. El Estado siempre busca expandir su control, mientras que la sociedad puede caer en la apatía, la fragmentación o el farricismo si no se organiza.

Los autores subrayan que no existe una fórmula única para entrar o permanecer en el pasillo estrecho. No hay un diseño institucional perfecto ni un modelo exportable que garantice la libertad. Cada sociedad debe recorrer su propio camino, condicionado por su historia, sus conflictos, sus líderes y sus instituciones. Lo que importa no es replicar estructuras externas, sino construir un proceso político genuino que permita la coevolución del Estado y la sociedad, el control mutuo, la adaptación ante nue-

vas circunstancias y la inclusión efectiva de todos los sectores sociales.

Finalmente, Acemoglu y Robinson cierran el libro recordando que vivir con el Leviatán es una necesidad, pero también un desafío permanente. No se trata de temer al poder estatal, sino de construir las condiciones para que ese poder esté al servicio de la sociedad y no en su contra.

El pasillo estrecho es estrecho no porque sea imposible de alcanzar, sino porque exige compromiso cívico, instituciones fuertes, y una cultura política basada en la participación y la vigilancia. La libertad no es la ausencia de Estado, sino su limitación legítima por una sociedad activa. Y ese es, quizás, el mensaje más potente del libro: que la libertad no nace de la debilidad del poder, sino de su control equilibrado.



COMENTARIOS PERSONALES

Después de leer *El pasillo estrecho*, de Daron Acemoglu y James A. Robinson, me quedo con una profunda reflexión sobre lo frágil que es la libertad y lo complejo que es construir una sociedad verdaderamente democrática. El libro me hizo cuestionar muchas de las ideas que solemos dar por sentadas sobre el papel del Estado y sobre la supuesta dicotomía entre autoridad y libertad. Los autores explican con claridad que no se trata de tener más o menos Estado, sino de lograr que el poder estatal y la sociedad se mantengan en una tensión constante, vigilándose mutuamente. Me pareció especialmente relevante cómo muestran que esta relación no es natural ni estable, sino que requiere una lucha permanente, participación ciudadana activa y voluntad política.

Uno de los aspectos que más me impactó fue la forma en que el libro combina historia, teoría política y ejemplos contemporáneos para demostrar que la libertad no es un destino asegurado ni un logro definitivo, sino una construcción diaria. El concepto del “pasillo estrecho” me pareció muy poderoso porque representa ese espacio mínimo, pero posible, donde el poder no domina, pero tampoco se desvanece; donde el Estado actúa, pero la sociedad no deja de cuestionarlo.

También me hizo pensar en nuestro propio contexto, en cómo en muchos países hay instituciones que existen solo en papel, o sociedades que han normalizado la desigualdad, el abuso o la apatía política. El libro no ofrece recetas fáciles, y eso me gustó. Es incómodo, porque nos obliga a reconocer que la democracia es frágil, que el autoritarismo siempre está al acecho y que no basta con tener elecciones o constituciones si no existe una sociedad que las defienda activamente.



CONGRESO
ESTADO DE MÉXICO



INESLE
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

En lo personal, *El pasillo estrecho* me ayudó a comprender mejor el valor de las instituciones, pero, sobre todo, el rol fundamental que tiene la ciudadanía para sostenerlas. Me hizo ver la libertad no como un derecho garantizado, sino como una responsabilidad compartida. Es un libro exigente, pero muy necesario para entender los desafíos de cualquier sociedad que aspire a ser libre, justa y sostenible en el tiempo.

COMENTARIOS PERSONALES



CONGRESO
ESTADO DE TLAXCALA
2018-2024



INESLE
INSTITUTO
NACIONAL
DE ESTADÍSTICA
Y ESTADÍSTICA
LEYENDA

TE INVITAMOS A LEER

TRANSFORMACIÓN ◆◆◆◆◆ X LEGISLATIVA

NÚMERO ESPECIAL

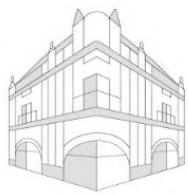
TL



CONGRESO
ESTADO DE
TLAXCALA
MEXICANO



www.inesle.gob.mx/area/periodicos/transformacionlegislativa



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

EL PASILLO ESTRECHO ESTADOS, SOCIEDADES Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD

El uso de la información contenida en esta síntesis es exclusivamente con fines educativos y de difusión cultural, sin fines de lucro, con el único propósito de fomentar el interés por la lectura y el conocimiento de la obra original.

ELABORADO POR
LUZ RAQUEL CRUZ

Elaborado en colaboración con el
Comité Permanente de Estudios Legislativos del
Congreso del Estado de México.

722 279 6400 Ext. 3003 / www.inesle.gob.mx
Av. Hidalgo Pte, #405 Col. La Merced-Alameda,
Toluca, Estado de México, C.P. 50080